

—¡Oh! la medicina ha hecho grandes adelantos.

—Lo creo, pero han adelantado más las enfermedades; miéntras la ciencia adelanta, las gentes continúan muriéndose como si tal cosa. — Se sabe más, mucho más, pero ¡qué demonio! se vive ménos.

El doctor se encogió de hombros, como diciendo: Bah, está loco; y Miguel prosiguió:

—La naturaleza salva ó mata al enfermo, y el médico.....

—¿El médico qué?

—El médico lo desuella despues, muerto ó vivo.

—Ése es el grande error que padecen todos los que gozan de buena salud.

—Vamos á ver. Hace tres años que ejerces tu noble profesion; has sabido extender tu nombre, y eres el médico de moda. Cuando éramos estudiantes no tenias camisa; ¿á qué ya eres rico?

—¡Rico!..... exclamó el doctor dando un paso atras, y escondiendo su mano derecha

bajo la solapa del gaban, como si quisiera ocultar un soberbio brillante que campeaba sobre una enorme sortija de oro macizo.

—Rico, repitió Miguel.

—Vivo, replicó el doctor, con suma estrechez, y si me ves algo decente, es porque el traje es absolutamente indispensable para alternar en la sociedad.

—No voy á pedirte nada.

—Puedes pedirme lo que quieras..... la mitad de lo que yo tenga será siempre tuyo; pero, querido Miguel, soy más pobre que tú.

—Lo creo; porque yo, á lo ménos, no te oculto mi pobreza, como tú me ocultas tus brillantes.

—Esta sortija, dijo, metiendo más la mano dentro del gaban, es mi único tesoro..... ademas es falsa, y ¿sabes por qué la consevo?..... porque es un recuerdo de mi madre..... En fin, me estás haciendo perder el tiempo.

—Véte, véte, le dijo el jóven, empujándole suavemente; y el médico, diciendo «hasta la vista», desapareció entre la gente que corria por la acera, como el que huye, mién-

tras Miguel, irguiendo la cabeza con orgullo y dando á su sonrisa una expresion desdenosa, murmuraba entre dientes:

— Todos son iguales. Medina no quiere ya conocerme. Guillen, á pesar de su avaricia, daría cualquier cosa porque yo no lo conociera.

No dijo más; y volviendo la espalda con desprecio al suntuoso aparador de la joyería que había embargado ántes sus miradas, cruzó la calle y pasó á la acera opuesta.

Poco á poco fué apareciendo en su fisonomía ese aire distraido con que la reflexion envuelve el semblante como un rótulo que dice: «Aquí se piensa»; y cada vez parecía que su alma se abismaba más en la profundidad de algun pensamiento tenaz y repentino.

De pronto se detuvo, se quitó el sombrero, echó atras los hermosos rizos que coronaban su frente, y exclamó:

— Nunca.

En aquel momento pasó junto á él, marchando en su misma direccion, un hombre pequeño y fino, envuelto en un magnífico

gaban de *retina*, sepultado el rostro en las elegantes vueltas de una bufanda blanca como la nieve, tachonada de lunares de color de púrpura; el sombrero perfectamente resguardado por la doble seda del paraguas, que abierto llevaba en la mano, revelaba en su brillo y en su forma la distincion de la persona.

Al verlo pisar con sus preciosas botas el lodo escarchado de las calles, podría creerse que andaba sin pisar, pues ni la más ligera mancha de barro interrumpía el brillo del charol.

Era una figura muy á propósito para hacerse admirar en el aparador de un sastre: todo era correcto en su vestido, el córte, el color, la tela..... todo respiraba ese minucioso esmero que confunde algunas veces á los hombres con las mujeres.

Todo en él era superior, ménos la persona, que al traves de tanta elegancia no ofrecía belleza ninguna; el buen aire de la ropa no acertaba á disimular el mal aire del cuerpo: era un bello exterior, á pesar del que se descubría un interior detestable; una super-

ficie brillante, y un fondo oscuro; el sastre debajo de cuya hábil mano queria desaparecer un hombre mal hecho.

No le faltaba requisito á la perspectiva, pero le faltaba todo á la realidad; á cierta luz, á cierta distancia, era un conjunto completo.

Producia el efecto de los bastidores de un teatro en una noche de representacion; poseia la distincion que da la moda, la elegancia que se compra, y era, en fin, la manoyerta y descarnada de un cadáver primorosamente envuelta en un guante fino y perfumado.

Miguel lo vió de espaldas, y debió reconocerlo, pues exclamó:

— ¡Ah!..... Matusalem.....

Y apartando la gente que se habia interpuesto, corrió hácia él, dobló su flexible cintura como se dobla un junco, y metiéndose debajo del paraguas, se enderezó de repente.

Sucedió lo que era natural: el paraguas, empujado por el sombrero de Miguel, se escapó de las manos del que lo llevaba, y éste,

por recogerlo, dió un mal paso, vaciló, se escurrieron sus piés sobre las baldosas, bruidas por la escarcha, y cayó como un trapo.

Miguel se quedó con los brazos abiertos y el sombrero apabullado delante de aquella especie de *trousseau* tendido en el suelo.

Era un cuadro tan dramático como cómico, tan sério como grotesco; de manera que los circunstantes prorumpieron en una carajada, llorando de risa.

Inmediatamente se formó un círculo de curiosos al rededor de esta escena inesperada.

El que estaba en tierra se levantó sin querer servirse de la mano que Miguel le tendia, cogió su paraguas, lanzó sobre el agresor una mirada de basilisco, y quiso continuar su camino; pero el jóven lo detuvo, diciéndole:

— Querido Matusalem, perdona, conozco tu buen corazon; te sobraba paraguas y he querido aprovecharlo, contando con tu indulgencia; nada más léjos de mi ánimo que el cruel propósito de arrastrar por el lodo tu flamante vestido. ¿Me perdonas?

Matusalem subió hasta cerca de los ojos

el embozo de su bufanda, como si no quisiera ser conocido, y trató de alejarse sin decir palabra; pero Miguel lo detuvo, cogiéndose á su brazo, y con una naturalidad que hacia reventar de risa á los circunstantes, dijo:

—No te suelto; estos señores creerán que he querido burlarme de tí, y no puedo soportar el peso de semejante calumnia. Tú, que me conoces, sabes muy bien que soy inocente.

Uno de los circunstantes no pudo contenerse y dijo:

—¡Qué barbaridad!

—¿Barbaridad?..... exclamó Miguel..... ¿por qué? ¿acaso no tengo yo confianza con este caballero para tomar un poco de abrigo contra la intemperie debajo de su paraguas? Sepan ustedes que somos amigos, amigos antiguos, amigos de toda la vida. Habla, Matusalem, habla..... defiéndeme, no me abandones.

La escena era curiosa, y el número de los circunstantes se aumentaba.

Matusalem gesticuló; pero, si dijo algo,

sus palabras se ahogaron en los dobles pliegues de la bufanda: sus ojos pequeños y hundidos hablaban un lenguaje de fuego; sus miradas mordían como víboras.

Miguel, sin abandonar el brazo de su amigo, se inclinó cortésmente ante los circunstantes, y guiñando graciosamente los ojos, dijo con amable sonrisa:

—En medio de todo, acabo de hacerle un favor insigne; venía á pié en un día como éste, en que se hielan hasta los saludos; sin duda ninguna, no ha encontrado coche; pues bien, yo lo he puesto en berlina.

Una nueva carcajada circuló por el corro, y Matusalem golpeó las baldosas con su pié ricamente calzado, como si hubiera querido decir: Ábrete, tierra, y trágame.

—¿Tienes prisa? añadió el jóven, vámonos; y volviéndose á los curiosos que le rodeaban, les dijo, señalando á su amigo:

—Señores, por indisposicion repentina del primer actor se suspende esta funcion; se devolverá el dinero, presentando los billetes.

Y sin decir más palabra, cogió el para-

guas de las manos de Matusalem, y ferozmente asido á su brazo, dió media vuelta, rompió el corro de los curiosos, pasó á la opuesta acera, marchando majestuosamente hácia el remanso de las Cuatro Calles.

Los circunstantes se quedaron mirando con la boca abierta.

Y decian unos:

— Es un calavera.

Otros:

— ¡Ca!..... está borracho.

Muchos:

— ¡Bah!..... está loco.

Calavera..... borracho..... loco..... ¿acaso no es lo mismo?.....

CAPÍTULO II.

La Serpiente.

Así llegaron á la esquina donde empieza la calle del Príncipe, y apenas dieron la vuelta, cuando Matusalem bajó con furia el embozo de su bufanda, y echando llamas por los ojos, dió rienda suelta á su comprimido enojo, prorumpiendo en estas palabras:

— Eres, Miguel, un sér execrable; tienes la vanidad de la miseria y has hecho de tus harapos una bandera de guerra contra tus amigos. ¡Oh! esto es abominable..... da vergüenza conocerte.

— Perdóname, dijo Miguel con aire compungido, pero no puedo verte con indiferencia; ejerces sobre mí una atraccion diabólica; lo acabado de tu *toilette*, lo correcto de tu vestido y lo primoroso de tu persona me